

arroz y frijoles y un café con leche. La comida estuvo deliciosa.

— ¡Es increíble! Hoy empezaremos una nueva vida como mineros. ¿Estás listo, Ignacio?

— Sí, no hay otra cosa que hacer. Ésta es la mejor oportunidad que tenemos —respondió con la boca llena de arroz.

— Yo sé, pero estoy un poco nervioso. Ni siquiera sabemos adónde vamos. ¿Estás seguro de que Antonio quiere que vayamos allí? ¿Qué vamos a hacer si él no está o si no quiere ayudarnos? —le dije preocupado.

— Mira, ya estamos aquí, no podemos volver. Si quieres casarte con Emilia, tienes que arriesgarte. No te preocupes. Juntos podemos —respondió Ignacio con confianza.

— Tienes razón. Quiero casarme con Emilia más que nada. Creo que podemos tener éxito con trabajo duro y un poco de fe —le dije con ánimo.

— ¡Así es! ¡Vamos a triunfar! —Ignacio gritó.

Un hombre viejo que estaba leyendo el periódico nos miró y nos dijo con humor:

— **¿Demasiado café?**

Nos reímos y salimos con energía y confianza.

Caminamos hacia el río con nuestras grandes mochilas y buscamos la lancha de Alfonso Figueroa. Él se **nos acercó** sonriendo. Su diente de oro brillaba en el sol. Nos dijo:

—Buenos días. ¿Están listos para el viaje?

—¡Sí! —le dijimos con mucho ánimo. Queríamos llegar a Nambija lo más pronto posible. La lancha nos pareció poco sólida pero no nos importaba. Subimos rápidamente.

—¿Tienen el dinero? —nos preguntó Alfonso.

—Sí, tome veinte mil sucres ahora y el resto cuando lleguemos al sendero —le dijo Ignacio.

—No me gusta esto. ¿Cómo puedo estar seguro de que me van a pagar? ¿Dónde está el resto del dinero? —respondió irritado.

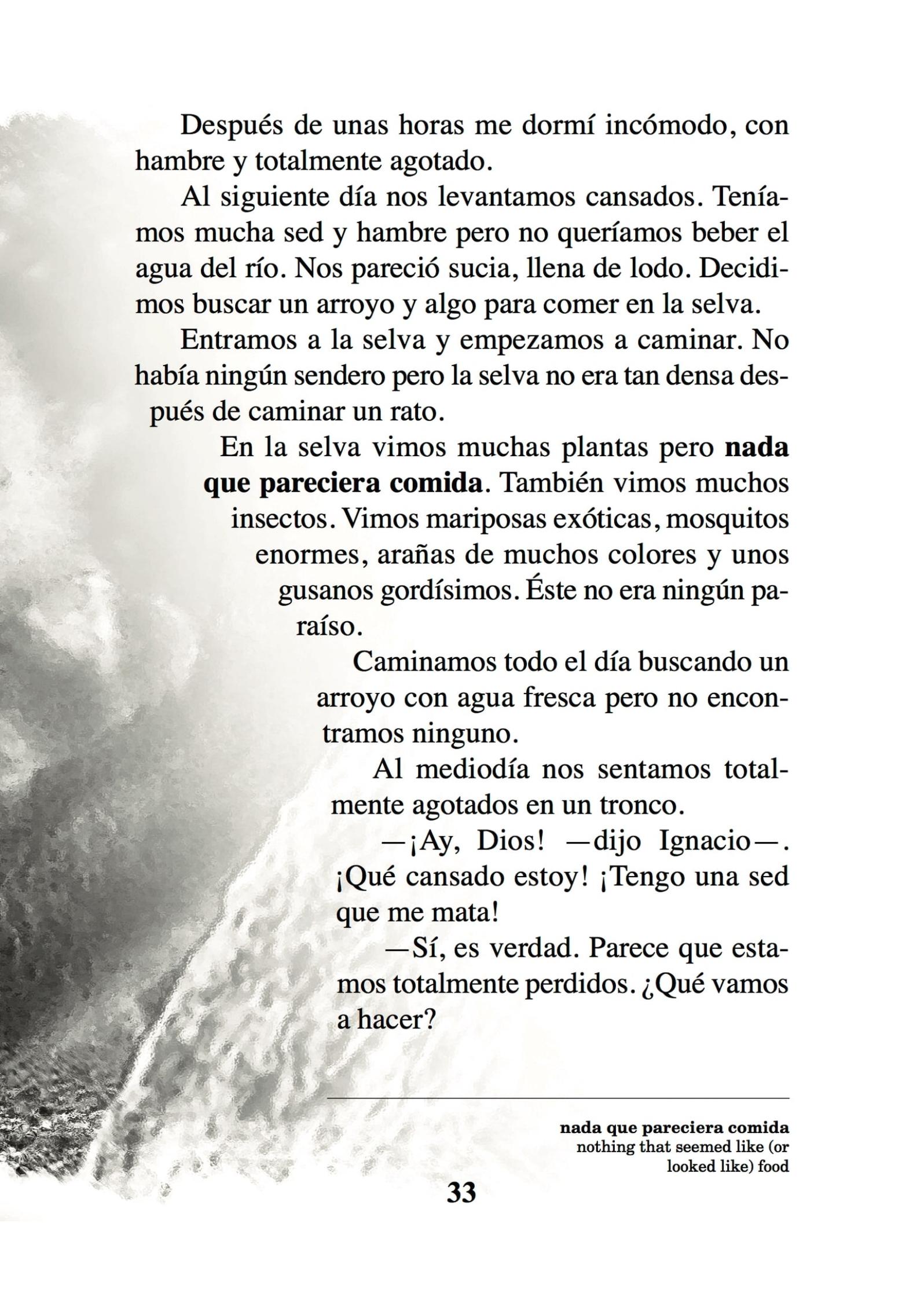
—Tenemos el dinero. Está en las mochilas. No se preocupe. Si nos deja en el sendero de Nambija, recibirá el resto del dinero —le dije.

El viaje era largo y difícil. No había mucho espacio en la lancha y me sentía incómodo. Alfonso hablaba mucho con Ignacio. Estaban hablando de muchas cosas: el clima, los deportes, la política y otras cosas.

Yo no prestaba atención. Yo no quería hablar. Yo sólo pensaba en Emilia. Estaba soñando despierto cuando pasamos por un pueblo pequeño.







Después de unas horas me dormí incómodo, con hambre y totalmente agotado.

Al siguiente día nos levantamos cansados. Teníamos mucha sed y hambre pero no queríamos beber el agua del río. Nos pareció sucia, llena de lodo. Decidimos buscar un arroyo y algo para comer en la selva.

Entramos a la selva y empezamos a caminar. No había ningún sendero pero la selva no era tan densa después de caminar un rato.

En la selva vimos muchas plantas pero **nada que pareciera comida**. También vimos muchos insectos. Vimos mariposas exóticas, mosquitos enormes, arañas de muchos colores y unos gusanos gordísimos. Éste no era ningún paraíso.

Caminamos todo el día buscando un arroyo con agua fresca pero no encontramos ninguno.

Al mediodía nos sentamos totalmente agotados en un tronco.

—¡Ay, Dios! —dijo Ignacio—. ¡Qué cansado estoy! ¡Tengo una sed que me mata!

—Sí, es verdad. Parece que estamos totalmente perdidos. ¿Qué vamos a hacer?

nada que pareciera comida
nothing that seemed like (or
looked like) food